

¿Qué festeja la oligarquía? Contradicciones de clase y dependencia nacional en la Argentina centenaria

Paula Schaller*

Resumen

En este artículo se intenta desplegar un análisis sintético que tomando como eje la acción de las clases sociales y sus intereses nos lleve a reproblematicar la relación entre el régimen y el movimiento obrero en la Argentina centenaria, así como los límites reales de la independencia nacional para entonces. En particular nos interesa dejar formuladas categorías que nos permitan explicar la dinámica de la relación entre las clases sociales para el año 1910, – fuertemente condicionada por la inserción argentina en un mundo capitalista en transición hacia su etapa imperialista –, poniendo de relieve cómo la permanente disputa entre las principales clases existentes en la estructura social argentina signó el centro de la escena político-social del país.

Palabras-clave: Movimiento obrero. Argentina. Clases sociales.

El bicentenario de la Revolución de Mayo a cumplirse este año viene siendo objeto de múltiples eventos organizados desde distintos ámbitos académicos y gubernamentales destinados a analizar y conmemorar este hecho histórico. En este marco, se ha vuelto a poner en discusión la significación de la gesta independentista para la historia argentina, reinstalándose una multiplicidad de debates que mayoritariamente giran en torno al concepto de Estado, nación y las tareas pendientes de la independencia latinoamericana. Es que como todo proceso relevante en el devenir histórico de una nación, y como toda la Historia en general, la discusión en torno del bicentenario se constituye como un terreno

* Historiadora. Universidade de Buenos Aires.

Recebido em 15/11/2010 - Aprovado em 1º/12/2010
Publicado em agosto de 2011

en disputa ideológica y política, donde se construyen lecturas y se asientan conclusiones que, aunque presentadas como un relato histórico neutral, constituyen la expresión ideológica de los diversos intereses sociales en disputa. Las conmemoraciones adquieren de hecho una funcionalidad directamente política, ya que aquello que “se busca” en el pasado tiene una continuidad instrumental con los objetivos planteados en el presente como parte de una determinada intención de construcción del futuro histórico.

Ahora bien, sucede que la experiencia histórica nunca es la misma para dominantes y dominados, aunque la de estos últimos se encuentre profundamente enajenada y desnaturalizada. De hecho, se asienta una “memoria histórica” que lejos de ser el producto de una elaboración crítica y consciente de cada clase respecto de su propio pasado, es una memoria artificialmente adquirida, distribuida a través de las distintas instituciones ideológicas y culturales como “sentido común” al conjunto de la sociedad.

La intención de este artículo consiste precisamente en reproblematicar la forma en que la clase dominante argentina construyó alrededor de los festejos del centenario patrio una legitimación del Estado que la expresaba, asentado en una relación de extrema subordinación hacia los intereses del capitalismo inglés combinada con una política de represión sistemática hacia la clase obrera en el plano interno, cuestión que, como pondremos de manifiesto, no constituía más que una “caricatura de independencia nacional.”

De esta manera, partimos de poner en discusión la significación social de las conmemoraciones históricas con el interés de arreciar en un debate más profundo, que nos lleve a debatir sobre los límites de la independencia nacional argentina hacia 1910 y qué clase social era la que podía garantizarla efectivamente, con la firme intención de que este análisis de retrospectiva histórica deje planteados ciertos interrogantes útiles a la hora de terciar en el debate actualmente planteado en torno a los 200 años de la Revolución de Mayo. Vale aclarar por último que antes de un estudio histórico pormenorizado y exhaustivo pretendemos trazar aquí líneas de análisis y categorías conceptuales que contribuyan a delinear problemas histórico-políticos eficaces para reinterpretar desde una óptica crítica nuestra propia historia en la perspectiva de un horizonte emancipador.

Estructura económica y sectores de clase en la Argentina centenaria

Si analizamos la Argentina de 1910 nos encontramos con que luego de décadas de enfrentamientos entre la oligarquía estanciera y comercial de Buenos Aires y las oligarquías del interior por la definición de la hegemonía económico-política, el país ya había completado su proceso de organización nacional, logrando consolidarse en un sentido capitalista. De esta manera, Argentina presentaba desde fines del s.XIX la estructura económico-social de un país

capitalista moderno, contando a grandes rasgos con las siguientes clases esenciales: terratenientes, chacareros, una incipiente burguesía industrial y un proletariado que en su gran mayoría era de carácter semiartesanal.

Ahora bien, si ya para la década del '80 del siglo XIX Argentina había experimentado una importante expansión de los factores de producción tierra, trabajo y capital, a partir de lo cual se había integrado al mercado mundial como uno de los principales países exportadores mediante la venta de cereales y carnes (producto que desplazó crecientemente a la lana), esto lejos estaba de indicar un desarrollo capitalista autónomo del país. De hecho, la exponencial expansión comercial que tuvo lugar desde el '80 se sustentó sobre la base del enorme flujo de inversiones realizadas por los financistas europeos, centralmente ingleses, y en menor medida franceses, alemanes y belgas, que encontraron en el país un terreno propicio para colocar y realizar sus masas de capital excedentes. Este proceso estaba en consonancia con la evolución internacional del capitalismo y sus principales tendencias, analizadas entre otros teóricos por Lenin, que definió como parte de los componentes centrales del imperialismo la tendencia al monopolio y el surgimiento, con carácter predominante en la estructura económica, del capital financiero (resultante de la fusión entre el capital industrial y el bancario), lo que en los países de desarrollo atrasado se expresó en la tendencia a la importación de capitales: "mientras el capitalismo es capitalismo, el exceso de capital no se

consagra a la elevación del nivel de vida de las masas en un país determinado, ya que esto significaría la disminución de las ganancias de los capitalistas, sino al acrecentamiento de estos beneficios mediante la exportación de capital al extranjero, a los países atrasados."

Así, sólo durante el año 1889 la Argentina absorbió entre el 40 y el 50 % del total de inversiones británicas realizadas fuera del Reino Unido. Fueron estas inversiones de capital las que posibilitaron el desarrollo de la infraestructura básica sobre la que se asentó la expansión comercial que dio lugar a la consolidación del modelo agroexportador, tales como el tendido de las vías férreas y la adquisición de ferrocarriles, puntos neurálgicos de la estructura económica que fueron crecientemente controlados por el capitalismo inglés. De hecho, a partir de la década del '80, a través de sus inversiones y la presión a los distintos gobiernos Inglaterra fue adueñándose progresivamente de los ferrocarriles nacionales y obteniendo inmejorables condiciones para la construcción de más líneas: tal fue el caso del paradigmático Central Argentino, que recibió a modo de donación del gobierno argentino tres millones de hectáreas a ambos lados de las vías de su recorrido, convirtiéndose de esta manera en el mayor terrateniente del país. A esto debemos agregar la dependencia que se configuró a nivel de la relación importaciones-exportaciones, con una balanza comercial desfavorable con Inglaterra a la que Argentina compraba insumos y maquinaria (hierro, acero, máquinas trilladoras, arados de acero, materiales para ferrocarriles).

riles) por valores mucho mayores a sus exportaciones. A esta dependencia financiera y comercial, a partir de la cual Inglaterra controlaba las finanzas y los servicios estratégicos del país, se sumó el control del capital inglés sobre una moderna industria en desarrollo: la frigorífica, surgida hacia la década del '80 a partir de inversiones inglesas, y que llegó a contar hacia 1920 con los complejos industriales más modernos de la estructura económica argentina.

Por lo tanto, este gran salto económico que experimentó el país desde la década del '80 nació *distorsionado* al ser controlado desde sus inicios por el capital imperialista, lo que llevó a Milcíades Peña a hablar de “progreso a la cangreja” para referirse a un progreso que desde el comienzo se hizo en beneficio del capitalismo inglés y en detrimento de un progreso de carácter propiamente nacional. Proceso que si bien cristalizó en la década del '80 se venía consolidando progresivamente desde décadas anteriores, pudiendo remontarnos al primer gobierno de Rosas para detectar el punto a partir del cual, ya vacante el monopolio español, el país comenzó a entablar una estrecha relación comercial con Inglaterra, -claro que hacia la década del '20 del siglo XIX ésta no se había configurado aún como un país imperialista moderno que exportara masas de capital y por lo tanto no ocupaba en la estructura económica argentina el rol preponderante que adquirió posteriormente-. Y es que, por mucho empeño que hayan puesto los revisionistas en su búsqueda de un supuesto nacionalismo de Rosas, la historia ha demostrado que no hubo un momento

auténticamente nacionalista de las clases dominantes argentinas, donde éstas llevaran a cabo una política tendiente al desarrollo independiente del país, rompiendo los lazos de subordinación al imperialismo. De hecho, toda la riqueza de esta oligarquía compuesta por los estancieros y comerciantes porteños y del litoral se asentaba en la producción para el comercio exterior, por lo que no tenía interés alguno en desarrollar el mercado interno e industrializar al país, lo que el propio Sarmiento sintetizó hablando de la “oligarquía que se enriquece viendo parir las vacas.” En este sentido, en su análisis sobre las nociones de nacionalismo y progreso histórico en Milcíades Peña, Omar Acha precisamente señala que aquel concluyó que “en ningún momento la burguesía argentina fue capaz de realizar una transformación que conjugara el desarrollo económico de tipo industrial y la independencia nacional sin las rémoras de algún neoimperialismo.” Muy por el contrario, su política tuvo el efecto de perpetuar al país como una semicolonias británica, de manera que la oligarquía que dirigió la Argentina del centenario ciertamente poca “independencia” tenía para festejar.

Para el año 1910, nos encontramos ante un país gobernado por una oligarquía completamente subsidiaria de los intereses del capitalismo inglés, con un régimen político a la medida de los intereses de esta de monopolizar el control del Estado mediante la expulsión sistemática de las grandes mayorías sociales y los nuevos sectores de clase que surgían en el país, un estado de cosas que sólo podía perpetuarse mediante la represión.

Estado y movimiento obrero: exclusión política y represión

El enorme salto económico experimentado en las últimas décadas del siglo XIX tuvo como palanca el desarrollo de un factor productivo central: el humano. Tratóse de uno de los países más despoblados del continente, que para mediados del siglo XIX contaba con alrededor de un millón de habitantes, la inmigración fue decisiva a la hora de generar la fuerza de trabajo necesaria para la expansión económica y configurar el surgimiento de las clases que caracterizarían a la moderna Argentina capitalista. Esta inmigración comenzó hacia los años '60 pero tuvo sus picos máximos entre la década del '80 y finales de la Primera Guerra Mundial, aumentando la población económicamente activa en más de 4 millones de personas, en su gran mayoría provenientes de Italia y España, -aunque también de Francia, Alemania y Europa oriental-. Mientras muchos de estos eran campesinos que se asentaron en la región pampeana para dedicarse al trabajo rural, una importante proporción se asentó en las grandes ciudades para emplearse no sólo en los sectores de servicios, transporte, construcción y frigoríficos que estaban en expansión sino en toda una serie de talleres de producción semiartesanal orientada al mercado interno: alimentos, calzado, vestido, etc.

Estos nuevos trabajadores trajeron consigo las tradiciones políticas del movimiento obrero europeo que se había fogueado al calor de experiencias como la Comuna de París y las distintas revolucio-

nes burguesas de mediados del siglo XIX, de manera que hacia finales del siglo XIX y principios del siglo XX nos encontramos con un proletariado en desarrollo que no sólo crecía estructuralmente sino que muy tempranamente había comenzado a poner en pie sus propias organizaciones sindicales y políticas y se había nucleado bajo las banderas del anarquismo, el socialismo y el sindicalismo revolucionario.

Este proceso que consideramos *desigual y combinado*, donde se sintetizó la existencia de un naciente proletariado, en su enorme mayoría inmigrante y de características semiartesanales con un acelerado desarrollo de su conciencia de clase, dio como resultado la emergencia de un poderoso movimiento obrero, uno de los primeros del continente en haberse elevado a una política independiente. Aclaremos aquí que mediante la definición de *poderoso* hacemos referencia antes que a su peso estructural objetivo, -el cual era limitado por encontrarse el proletariado en los inicios de su desarrollo-, a sus condiciones subjetivas, las que pese a su corta existencia y al hecho de encontrarse excluido de la participación política, lo fueron ubicando crecientemente como un actor de peso en la vida nacional.

El movimiento obrero de principios de siglo daba sus primeros pasos en la lucha por sus derechos protagonizando importantes huelgas que chocaban contra la política del régimen oligárquico. En efecto, este no sólo no contemplaba la resolución de los problemas fundamentales de las masas trabajadoras, tales como el hacinamiento habitacional y el elevado costo de

los alquileres y de la vida, el trabajo de mujeres y niños, las jornadas laborales de más de 10 hs., los bajos salarios y las pésimas condiciones de trabajo, entre otros, sino que se negaba a otorgarles derecho político alguno.

El régimen diseñado por la oligarquía para monopolizar el control del Estado se reproducía sobre mecanismos políticos antidemocráticos tales como el fraude electoral y el voto restringido (sólo para la población masculina nacionalizada), y las únicas leyes que sancionaba hacia el movimiento obrero eran de carácter reaccionario, tal como la ley de residencia dictada en 1902 que disponía la expulsión del país de todo extranjero cuya conducta fuese considerada por las autoridades como perturbadora del orden público. Por lo tanto, en ausencia de todo marco institucional tendiente a la integración del movimiento obrero, el régimen oligárquico se erigía sobre un esquema de relación entre las clases basado en la represión y persecución hacia éste, intentando por esta vía dar sobrevida a un Estado cada vez más anacrónico respecto de las crecientes transformaciones sociales que experimentaba el país. Así, nos encontramos con hitos de esta política tales como la llamada Semana Roja de 1909, donde por primera vez en la historia argentina una huelga obligó al gobierno a pactar con la clase obrera. Allí, una manifestación del 1° de mayo convocada por la FORA anarquista en Capital Federal fue atacada por la policía comandada por el Cnel. Ramón Falcón con una resultante de 12 obreros asesinados y 80 heridos, lo que fue respondido con el llamado a la huelga

general por parte de la FORA y la UGT socialista cuyos obreros debieron enfrentarse en las calles a la represión desatada por el Ejército que invadió las calles, clausuró locales sindicales y partidarios, abrió fuego en mítines, etc.

Teniendo en cuenta estos elementos, consideramos que podríamos definir el carácter de los gobiernos oligárquicos de principios de siglo apelando a una categoría que si bien fue elaborada por Trotsky para el análisis del gobierno de Cárdenas en el México de los años '40 del siglo XX, resulta útil a la hora de analizar el carácter de ciertos regímenes y la mecánica de la relación entre las clases en los países semicoloniales: la de "bonapartismo *sui generis*".

En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía *nacional* en relación al proletariado *nacional*. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al gobierno un carácter bonapartista *sui generis* de índole particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capitalismo extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o bien maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación a los capitalistas extranjeros.

Agreguemos a esto que para el primer caso Trotsky da la definición de "bonapartismo *sui generis* de derecha", mientras

que denomina al segundo como un “bonapartismo *sui generis* de izquierda.”

El régimen oligárquico de principios de siglo, en efecto, se apoyaba sobre el capital imperialista y hallaba su fortaleza en gobernar para éste, utilizando el aparato del Estado, el monopolio de la violencia física, contra la clase obrera, y desplazando de la participación política a los sectores de clase en desarrollo tales como la naciente clase media ligada a la expansión de los servicios y la administración pública. Inclusive la hegemonía de esta oligarquía agroganadera subsidiaria del capitalismo inglés inhibía el desarrollo de una burguesía industrial de carácter propiamente nacional, estando los únicos sectores auténticamente industriales en manos inglesas: los frigoríficos. Por lo tanto, la inexistencia de una burguesía nacional de peso combinada con el predominio de la burguesía imperialista en la estructura económica argentina, daba una *fortaleza estructural relativa* al proletariado, que la oligarquía trataba de contener montada sobre un estado policial que su vez empujaba al proletariado a una orientación de acción directa.

En este estado de cosas nos encontramos para el año 1910, cuando la oligarquía, por una parte, y la clase obrera, por otra, se encontrarán motorizando acciones de significados realmente muy distintos.

El centenario sangriento de la oligarquía

La conmemoración centenaria presentó para la oligarquía gobernante la posibilidad de fortalecer y difundir una idea de nación funcional a la reproducción

del orden establecido. Si las últimas décadas del siglo XIX habían sido testigos de la consolidación del Estado nacional, con el establecimiento de una administración nacional, una moneda centralizada, un ejército regular, la educación pública obligatoria, etc., la coyuntura de los festejos de la independencia patria presentaba para la clase dominante la oportunidad de afianzar la penetración simbólica de este Estado. En este sentido, tomamos a Oszlak en su análisis sobre las distintas vías de penetración del Estado argentino, en la medida en que si bien la represión se constituye como una condición necesaria para lograr el monopolio de la violencia y el control territorial, la penetración ideológica aparece como fundamental por cuanto permite la “creación y difusión de valores, conocimientos y símbolos reforzadores de sentimientos de nacionalidad que tiendan a legitimar el sistema de dominación establecido.”

De esta manera, para el Centenario nos encontramos en el campo de la literatura con una prolífica producción de autores orgánicos a la oligarquía tales como Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas y José Hernández, entre otros, tendiente a instaurar un sentido de “tradición nacional” en reacción a las “costumbres e ideas políticas extranjerizantes” de los trabajadores inmigrantes. Surgió así la apelación al gaucho, hasta ayer vapuleado por las clases dominantes por su condición de desclasado y resabio de un pasado bárbaro, como representación de las costumbres auténticamente nacionales, como símbolo con el que se tramaba una cultura nacional que

el progreso, las transformaciones sociales y la inmigración amenazaban con disolver.

Esta reacción nacionalista en el terreno de la literatura fue acompañada por la construcción de toda una serie de monumentos, obras y edificios públicos que el gobierno de Figueroa Alcorta promovió para reforzar la imagen de una Argentina pujante que reclamaba un lugar al lado de las grandes potencias europeas, difundándose la idea de Buenos Aires como la “París del Plata”. Con esta intención se lanzó para 1910 la Exposición Internacional del Centenario, donde la oligarquía pretendía mostrar ante el mundo la grandeza de su modernidad, invitando a personajes de la política, la diplomacia y la alta aristocracia americana y europea tales como la propia Infanta Isabel de Borbón, entre otros, todo un símbolo de reconciliación de la clase dominante argentina ante el imperio del que se había independizado el país un siglo antes. Pero la fiesta de la oligarquía, así como la riqueza sobre la que se asentaba, era para unos pocos, ya que el gobierno preparó su pomposo centenario imponiendo el estado de sitio y desatando una feroz persecución contra las organizaciones de la clase obrera, cuestión para la que decretó posteriormente la ley de Defensa Social, que vino a ampliar los márgenes represivos de la ley de Residencia.

Y es que los festejos patrios, lejos de desenvolverse en el artificial clima de “unidad nacional” difundido por la oligarquía, se dieron en el marco de un importante ascenso de la lucha de clases donde el movimiento obrero, centralmente dirigido por el anarquismo y el sindicalismo, protago-

nizó acciones que tendían a poner en cuestión el orden social. Y no estamos hablando aquí del asesinato del Coronel Ramón Falcón o el atentado a Figueroa Alcorta, -hechos que si bien expresan el profundo odio de clase que la oligarquía despertaba en las masas pobres y trabajadoras fueron perpetrados de manera individual por militantes anarquistas-, sino de las múltiples acciones donde los trabajadores actuaron bajo sus propios métodos de clase: huelgas, manifestaciones convocadas por las centrales obreras, piquetes, organización de la autodefensa, coordinación entre las distintas luchas sectoriales, etc., tendiendo a emerger como un actor independiente en la vida política capaz de disputar hegemonía social. Y esto porque no sólo peleaba por reivindicaciones corporativas y sectoriales sino que ante ciertas coyunturas tendió a unificarse bajo demandas políticas, como sucedió durante la semana roja cuando los huelguistas le exigían al gobierno la abolición del Código Municipal de Penalidades en el que se asentaban las condiciones represivas, la libertad de todos los presos por causa de huelgas y la reapertura de los locales obreros; o a lo largo de todas las huelgas generales convocadas por la FORA bajo la demanda de la derogación de la Ley de Residencia. Incluso durante la huelga de inquilinos en 1907 entraron en acción, dirigidas por las organizaciones del movimiento obrero, fuerzas sociales no directamente proletarias como lo eran las capas empobrecidas de la ciudad hacinadas en los conventillos, demostrando potencialmente el rol de la clase obrera como caudillo del resto de los sectores oprimidos de la sociedad.

Para darnos una idea de la importante inserción de masas de las corrientes revolucionarias y del nivel de organización política del movimiento obrero, digamos que el periódico anarquista *La Protesta* para el año 1907 contaba con una tirada de 5000 ejemplares y hacia 1910 llegó a distribuir 16000 ejemplares diarios, demandando que llevó a los anarquistas a incorporar otra publicación en Buenos Aires: el diario vespertino *La Batalla*; a lo cual se sumaban múltiples publicaciones gremiales, todos los cuales propagandizaban entre los trabajadores la necesidad de luchar contra el capitalismo y el Estado.

Así, luego de años de gran conflictividad social en que las organizaciones obreras fueron cobrando fuerza y creciendo estructuralmente, para mayo de 1910 la FORA anarquista y la CORA sindicalista nuevamente lanzaron el llamado a la huelga general con las demandas de libertad a los detenidos por razones sociales y políticas y la derogación de la ley de Residencia. La furia del movimiento obrero con la política represiva del gobierno era muy extendida: para el 8 de mayo el anarquismo convocó a una manifestación de protesta contra las autoridades de la Penitenciaría Nacional, acusadas de todo tipo de vejámenes contra los presos, en la que participaron cerca de 70 mil personas. El gobierno, temeroso de la radicalización de las protestas obreras, respondió para el 14 de mayo implantando nuevamente el estado de sitio y desatando una brutal represión contra los activistas y locales obreros. En estos ataques participaron los jóvenes (muchos de ellos estudiantes) de la

burguesía porteña y diputados conservadores bajo la coordinación del propio jefe de policía, el Gral. Dellepiane, demostrando hasta qué punto la clase dominante estaba abiertamente dispuesta a desatar un verdadero estado de shock contra la clase obrera. Se asaltaron, destruyeron e incendiaron las sedes de La Vanguardia (el órgano central del Partido Socialista), La Protesta, La Batalla (anarquistas) y el local central de la CORA y de Acción Socialista (prensa sindicalista); y miles de activistas y dirigentes obreros fueron encarcelados y deportados. La reacción expresó una combinación entre el antiobrerismo de la oligarquía y su xenofobia hacia los inmigrantes, como lo grafica una denuncia del órgano montevideano de *La Protesta*: “No ha sido únicamente contra el anarquismo que se ha atropellado [...] la patota estudiantil, un grupo de diputados y policías han asaltado por dos noches consecutivas los conventillos, casas y negocios de israelitas, cometiéndose contra ellos toda clase de tropelías. El gobierno haciéndose cómplice de estos hechos salvajes ha prohibido la entrada de 500 inmigrantes israelitas que llegaron en estos días, obligándolos a volverse en el mismo barco que vinieron.”

Así, durante días las calles de Buenos Aires fueron testigo de todo tipo de actos represivos contra el movimiento obrero, incluyendo la participación de grupos de choque de estudiantes nacionalistas que al grito de “viva la patria” y “muera el anarquismo” protagonizaron enfrentamientos con los trabajadores, y que el 16 de mayo desistieron de ir a los barrios obreros de La Boca y Barracas porque corrió la noti-

cia de que allí los estaban esperando los obreros -que espontáneamente salieron a proteger sus locales- y sus mujeres, dispuestas a defenderse de los ataques arrojando agua hirviendo desde los techos de sus viviendas. Allí estaban las familias obreras asumiendo la defensa de su derecho a luchar contra las condiciones a las que la relegaba una oligarquía subsidiaria de los intereses del capitalismo inglés, ese que había sido expulsado cien años antes bajo los mismos métodos por parte de los sectores populares: toda una alegoría de la historia.

De esta manera, los días previos al centenario estuvieron atravesados por una situación de aguda lucha de clases: hubo combates callejeros, -que dejaron saldos de muertos y heridos-, circularon panfletos y proclamas clandestinas llamando al pueblo a la lucha, se detonaron algunos explosivos.

Pese a que la magnitud y extensión de esta ola represiva, por un lado, y la falta de una dirección que coordinara la autodefensa del movimiento obrero y planteara la disputa por el poder, por el otro, llevaron al fracaso a la huelga general y el movimiento se replegó, los actos del centenario preparados por la oligarquía sufrieron múltiples interrupciones por la acción de los trabajadores: la iluminación fue sabotada, el arco del triunfo preparado para la ocasión fue incendiado, las exposiciones fueron inauguradas con semanas de retraso. Como sintetizó el escritor anarquista Abad de Santillán: “El gobierno triunfó; pero la historia recordará que para celebrar la fecha de la Independencia fue

necesario convertir a Buenos Aires en un campamento militar, con estado de sitio y con cárceles repletas.”

Teniendo en cuenta todo esto, desde nuestro punto de vista, por el nivel de enfrentamiento de los bandos sociales en disputa es posible caracterizar que los acontecimientos del centenario se enmarcaron en un entramado más amplio signado por un ciclo de ascenso de la lucha de clases *con episodios y elementos de guerra civil*, donde por momentos entraron en combate abierto las fuerzas de la clase obrera con las de la burguesía y sus instituciones, siendo cuestionado el orden social vigente. Fueron elementos de esta proto-guerra civil la resistencia generalizada de los barrios proletarios y de pobres urbanos contra los desalojos de la policía durante la huelga de inquilinos de 1907, los enfrentamientos entre los huelguistas y el ejército durante la semana roja de 1909, los múltiples combates callejeros previos al centenario, los estados de sitio decretados sistemáticamente como mecanismo de contención de la protesta social, así como la multiplicidad de huelgas generales y sectoriales que desde principios de siglo hasta 1910 enfrentaron los distintos gobiernos.

La idea de la *nacionalidad*, para lograr imponerse socialmente, requería que se avanzara sobre este estado de choque abierto entre las clases, lo que implicaba en primer lugar socavar la acción del movimiento obrero fundada sobre los principios de independencia política de clase. La represión sistemática hasta el momento no había hecho más que consolidarla, por lo que se fue revelando como

un problema estratégico para las clases dominantes la necesidad de otorgar al movimiento obrero una nueva ubicación en el régimen político. Sería necesario no sólo la llegada de otra fracción burguesa al gobierno, sino la consolidación de nuevas direcciones en el propio movimiento obrero para lograrlo, pero como hemos visto este fue un proceso que de ninguna manera resultó pacífico: hubo que transitar para esto una larga etapa de sangre y fuego que marcó los combativos orígenes del movimiento obrero en Argentina.

A modo de conclusión

En este artículo hemos pretendido desplegar un análisis sintético que tomando como eje la acción de las clases sociales y sus intereses nos lleve a reproblematicar la relación entre el régimen y el movimiento obrero en la Argentina centenaria, así como los límites reales de la independencia nacional para entonces. Al respecto, creemos que mientras la clase dominante ató de manera orgánica su propio desarrollo a la configuración de Argentina como semicolonias, la orientación política y la propia acción anticapitalista del movimiento obrero de la primera década del siglo XX demostraban tendencialmente cual era la única clase que podía encabezar la lucha antiimperialista por una verdadera liberación nacional. En este sentido, si bien por distintos motivos que no han sido objeto de nuestro análisis las direcciones del movimiento obrero fueron incapaces de formular una estrategia de poder y se orientaron posteriormente a la lucha por la obtención

de mejoras parciales, la dinámica de los primeros años del siglo estuvo signada por un permanente choque entre las clases fundamentales que en última instancia comprometía el ordenamiento capitalista del país y por lo tanto su propia condición semicolonial.

Desde nuestro punto de vista, la experiencia histórica que analizamos resulta interesante en la medida en que condensa una de las características estructurales centrales de los países de desarrollo atrasado, los cuales no poseen una burguesía con desarrollo histórico propio, *autónomo*, sino una que se ubica como “socia menor” del capital imperialista y es por lo tanto orgánicamente incapaz de llevar a cabo tareas estructurales como la efectiva independencia nacional, ubicándose el proletariado como la única clase capaz de encabezar la lucha para garantizarla efectivamente. En este sentido, la utilización del concepto de *bonapartismo sui generis de derecha* para definir los regímenes oligárquicos de principios de siglo nos ha permitido dar cuenta de las relaciones entre las clases apelando a una perspectiva que parta del carácter imperialista de la época y el rol específico desempeñado por la burguesía imperialista en los países de desarrollo atrasado, en los que el proletariado tiende a contar con una fortaleza estructural relativa respecto a la debilidad estructural relativa de la burguesía nativa.

Consideramos que si el movimiento obrero *tendía* a convertirse en un sujeto político, pese a la negativa de sus direcciones sindicalista y anarquista a construir un partido de clase, era porque intervenía

en la escena política nacional y concentraba una creciente capacidad de impugnación del orden mediante la acción directa. Si bien en el momento analizado debemos destacar que una de las debilidades del movimiento obrero consistía en su esquema de organización por oficio y no por rama de actividad, con lo cual estaba sindicalmente más atomizado, el elemento que nos interesa resaltar es que aún así contaba con una gran capacidad de movilización y de aglutinar fuerzas para dar combates duros contra el gobierno. Creemos que en este carácter residía en definitiva el fundamento de la política represiva de la oligarquía, que tendía a golpear y liquidar las organizaciones del movimiento obrero para frenar el proceso de emergencia de este como actor político independiente capaz de hegemonizar la lucha social y orientarla hacia un curso anticapitalista. De esta forma, la oligarquía argentina llegó a 1910 celebrando una independencia inexistente y que sobretodo no había dado a la clase obrera ningún motivo para festejar, apareciendo el Centenario como la *tragedia* que sintetiza estas contradicciones y expone abiertamente los antagonismos sociales que desde hacía años la clase dominante no lograba contener. Así, fue palmaria como pocas veces en la historia argentina la artificialidad de la idea de *nación*, en nombre de la cual la burguesía arremetía ferozmente contra la clase obrera.

Creemos que este análisis, que nos permite reflexionar a cerca de la existencia de una experiencia histórica *de clase*, donde las distintas significaciones aparecen como el resultado de la disputa social, de la lucha de clases, resulta útil en tanto brinde elementos con los cuales interpelar críticamente la actualidad. Porque nuevamente

nos encontramos ante los festejos de una independencia que a 200 años sigue pendiente, con un país que permanece ligado por múltiples vías a los intereses de las potencias hegemónicas y con un movimiento obrero que tiene por delante el gran desafío de recuperar su propia experiencia histórica para extraer de esta ricas conclusiones que aún en la actualidad pueden servir como motor de su propia acción política.

What is celebrating oligarchy? Contradictions of class and national dependence in the centennial Argentina

Abstract

This article attempts to display a summary analysis that, focusing on the action of social classes and their interests, will lead to re-problematize the relationship between the regime and the labor movement in the centennial Argentina, as well as the real limits of national independence in those times. In particular, we want to formulate categories that allow us to explain the dynamics of the relationship between social classes by 1910 – strongly influenced by the inclusion of Argentina in a capitalist world in its imperialist phase transition – highlighting how the permanent dispute between major existing classes in the social structure of the country marked the center of the political and social scene in Argentina.

Key words: Labor movement. Argentina. Social classes.